

Ruinas y sobrevivientes del pasado arquitectónico de Santiago

Ruins and survivors of the architectural past of Santiago



microscopio del

arte y la cultura

Caminar por la ciudad de Santiago de Chile durante un día normal de trabajo puede convertirse en una pesadilla, pero si nos damos el gusto de pasear por esas mismas calles un domingo en la mañana, podremos apreciar los miles de detalles que la ciudad nos ofrece y las distintas épocas de su desarrollo arquitectónico.

Santiago aún posee algunas edificaciones de la época colonial, como la posada del corregidor, la iglesia de San Francisco, y La Moneda, aunque hasta bien avanzado el siglo diecinueve, las casas de la ciudad incluso las más elegantes, eran de tipo criollo tradicional con uno o dos pisos, techo de teja y muros de adobe.

En 1848 con la llegada del arquitecto francés Claude Francois Brunet de Baines, encargado por el gobierno de la construcción de edificios para el estado, comienza el cambio arquitectónico de la ciudad. Fruto de los arquitectos franceses son la casa central de la Universidad de Chile, el Teatro Municipal de Santiago, el Congreso Nacional, la pequeña pero hermosa iglesia de la Veracruz en el barrio Lastarria, y la creación de la primera escuela de arquitectura.

El auge económico producido por la explotación minera y especialmente la industria del salitre, que enriqueció enormemente a las familias de la aristocracia criolla, produjo un nuevo impulso al desarrollo de la ciudad, debido al trabajo de los arquitectos chilenos recién formados, como Ricardo Brown y Fermín Vivaceta y los que vendrían después como Ricardo Larraín Bravo,

Alberto Cruz Montt, Emile Jecquier, Josué Smith Solar y muchos otros. La notable labor de ellos abarcó desde encargos monumentales para las obras del bicentenario, edificios de instituciones públicas, privadas y eclesiásticas, hasta viviendas sociales para numerosas familias de ingresos bajos y medios.

Pero fue en la edificación de casas para familias acaudaladas donde muchos de ellos echaron a volar la creatividad, interpretando el carácter de sus clientes, en mansiones y palacetes de los estilos más diversos, mezclando elementos clásicos, coloniales, árabes, góticos o ingleses en un eclecticismo desbordante. Además, los dueños no escatimaron en gastos, alhajando sus propiedades con lo más fino que se podía importar desde Europa.

Estas viviendas se ubicaron en la Alameda de las Delicias, las calles Catedral y Compañía, los alrededores de la plaza Brasil, la calle Dieciocho y la Avenida República.

Notable fue el palacio Concha Cazotte, construido en 1875 para el industrial minero José Díaz Gana, ubicado en plena Alameda, en lo que hoy es el barrio Concha y Toro. Tenía 3.500 metros construidos, tres cúpulas doradas, minaretes, almenas, chimeneas de ónix, y una laguna artificial.

Fue adquirido por Enrique Concha y Toro cuya esposa, Teresa Cazotte organizó las más fastuosas fiestas de la época. Fue demolido en 1935, luego de la ruina de la familia.

Otro icono de la ciudad, ya desaparecido, fue el palacio Undurraga ubicado en la esquina de la Alameda y Estado; de estilo gótico flamenco, profusamente ornamentado, demolido en 1976.

La gran crisis económica, que comienza con la declinación de la industria salitrera y culmina en la década de 1930, puso fin a toda esta época y a este tipo de arquitectura. La fortuna y la moda comenzaban a cambiar de manos, y los ricos industriales inmigrantes, a quienes la aristocracia siempre tildó de sióticos, optaron por otros barrios y por la llamada arquitectura moderna.

Las grandes mansiones corrieron distinta suerte; las más afortunadas sobrevivieron y fueron delicadamente restauradas, en especial las que se pueden apreciar en la Avenida República. De otras sólo se conservan las fachadas, como entrada de centros comerciales u hoteles. Muchas de ellas corrieron la suerte de sus empobrecidos dueños y fueron rematadas, desmanteladas o simplemente demolidas. Otras se conservan en pie de milagro, luego que sucesivos incendios o terremotos no lograran destruirlas, convertidas en conventillos, o en simples ruinas abandonadas.

Sin embargo, en un tranquilo paseo de Domingo en la mañana por el Santiago antiguo, aún se pueden apreciar detrás de sus muros rayados, sus ventas de ropa usada o de repuestos para automóviles su imponente señorío y belleza.

Referencias bibliográficas:

- 1.- La casa chilena hasta el siglo XIX. Eduardo Secchi. Cuadernos del Consejo de Monumentos Nacionales, 1952. (Versión digitalizada.) <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-127130.html>, accedido el 01 de marzo de 2019.
- 2.- La ruta de los palacios y las grandes casas de Santiago. Fernando Imas Brüggmann, Mario Rojas Torrejón, Eugenia Velasco Villafaña. Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2015. (Versión web). https://www.cultura.gob.cl/wp-content/uploads/2015/10/guia_palacios_web.pdf. Accedido el 01 de marzo de 2019.

Ernesto Payá¹

¹Hospital Dr. Exequiel González Cortés
Universidad de Chile

Correspondencia a:
ernesto.paya@mayor.cl

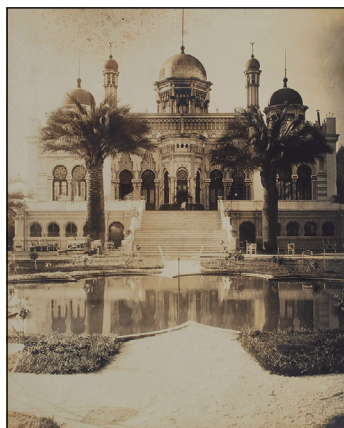


Figura 1. Palacio Concha Cazotte. Fotografía de Odber Heffer Bissett. <http://culturadigital.udp.cl/>



Figura 2. Palacio Undurraga. Fotografía de autor desconocido. <https://www.enterreno.com>